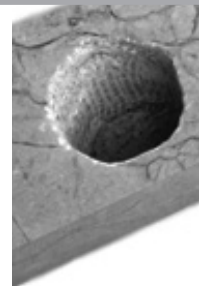


*Cuchara, 2009*



## La muerte que sobrevive

♦ Idunaxhii Martínez Pineda

**E**n Juchitán preponderan símbolos e imágenes creados a partir de circunstancias geográficas, políticas, culturales, económicas y sociales. La mezcla de todas ellas dotó al Istmo de Tehuantepec, a Juchitán, de un valor único e insuperable.

Desde su formación, Juchitán ha estado cargada de mitos, leyendas e historias acerca de sus pobladores, sus líderes, sus costumbres, sus mujeres y sus tradiciones, por lo cual existen innumerables escritos, investigaciones, fotografías, canciones, poemas, esculturas, filmes y publicaciones nacionales y extranjeras que han abordado la vida en Juchitán desde diversas posturas y acepciones.

Esta población se sitúa en un punto estratégico en la geografía de México: el Istmo de Tehuantepec, que por muchos años vivió el sueño de personas poderosas e influyentes en la economía y la política del país, y de los intereses económicos extranjeros, por convertir a la región en una de las más prósperas, pues al unir a través de sus tierras al océano Pacífico con el Atlántico despertó la ambición de algunos que pretendieron erigir en ella un ferrocarril transoceánico. Esta circunstancia favoreció el tránsito de hombres y mujeres pertenecientes a diferentes culturas, que estaban interesados en descubrir lo que estas tierras representaban y prometían a los inversionistas. El instrumento que les permitió tener pruebas y constatar con imágenes

que perduraran lo que sus ojos ya habían visto fue el invento que estaba revolucionando al mundo entero: la cámara fotográfica.

La primera fotografía se realizó en 1839, y desde entonces pareciera que se hubiera fotografiado todo. Llegó a este continente a finales del siglo XIX, y desde su importación la gente estaba ávida de explorar, documentar, dejar pruebas y llevarse imágenes de sus viajes a otras tierras.

En Juchitán, la fotografía posiblemente llegó con los barcos cargueros que entraban a las costas de la región para el intercambio de mercancías a través de fotógrafos extranjeros reconocidos y valorados, como Charles B. Waite, Homer Scott, Hugo Brehme, Tina Modotti, entre otros, o de fotógrafos nacionales como Lola y Manuel Álvarez Bravo y más recientemente, en la década de 1970, Graciela Iturbide.

Pero lo que se sabe con certeza es que la fotografía local se introdujo en la vida de los juchitecos de manera sorprendente. Aunque no todos los hogares de esa época tenían la posibilidad económica de fotografiarse, era necesario la mayoría de las veces el acudir a un estudio con ese propósito y regresar en determinado momento a recoger el producto obtenido. Quizá con frecuencia muchas personas no regresaban y las fotografías se quedaban en poder del fotógrafo o se extraviaban. Pero las que fueron requeridas por los fotografiados

---

♦ Maestra en Historia del Arte, Facultad de Artes, UAEM



permanecieron ocultas a la mirada del extraño, guardadas, atesoradas en un cúmulo de recuerdos de sus propietarios originales.

En diferentes culturas y épocas, desde que se inventó la fotografía se han hecho imágenes de las familias con niños. Así, “mediante las fotografías cada familia construye una crónica-retrato de sí misma, un estuche de imágenes portátiles que rinde testimonio de la firmeza de sus lazos”.<sup>1</sup>

Fue así que los juchitecos desarrollaron un gusto peculiar por ser fotografiados en casi todos los aspectos de su vida: el nacimiento, los cumpleaños, las fiestas, las bodas, la vida cotidiana y la muerte.

La mayoría de dichas fotografías se encuentra entre las pertenencias de los propietarios, pues son de uso privado, y no fueron hechas para ser exhibidas al ojo extraño, mucho menos analizadas con fines distintos que aquellos para los que fueron hechas. En las fotografías antiguas prepondera su carácter documental y en las fotografías privadas podemos comprender una parte de nosotros mismos, de lo que fuimos y a lo que pertenecemos.

Roland Barthes reseña en *La cámara lúcida* que “La fotografía es más que una prueba: no muestra tan sólo algo que ha sido, sino también y ante todo demuestra que ha sido. En ella permanece de algún modo la intensidad del referente, de lo que fue y ya ha muerto. Vemos en ella detalles concretos, aparentemente secundarios, que ofrecen algo más que un complemento de información (en tanto que

elementos de connotación): conmueven, abren la dimensión del recuerdo, provocan esa mezcla de placer y dolor, la nostalgia”.<sup>2</sup>

El objetivo del presente trabajo es reflexionar sobre el estudio de la fotografía como documento histórico y social, pues la imagen fotográfica juega un importante papel en la transmisión, conservación y visualización de actividades políticas, sociales, científicas y culturales de cada población. Las imágenes fotográficas son testimonios de un pasado que nos revelan información de la época y el lugar en que ellas tuvieron su origen. Pero también son objetos artísticos, pues nos causan entusiasmo al permitirnos conocer y acercarnos a la existencia y ocurrencias de la infancia (este trabajo se concentra principalmente en la infancia, sin desdeñar la calidad artística e histórica que aportan otras imágenes) en las primeras fotografías en blanco y negro en Juchitán. Pero, sobre todo, estas imágenes alguna vez guardadas y olvidadas en una región del Istmo mexicano, despiertan en los espectadores, propios y ajenos, un cúmulo de emociones insospechadas.

### Iconografía

En la fotografía aparecen sentados en una silla de madera el señor Manuel López Yu y la que probablemente sea su esposa, cuyo nombre se desconoce y quien se encuentra recargada sobre el respaldo de la silla, sosteniendo con sus manos la cabeza de su hija muerta, Manuelita López Yu. Esta última re-

---

<sup>1</sup> Susan Sontag, *Sobre la fotografía*, Alfaguara, México DF, 2006, p. 23.

<sup>2</sup> Roland Barthes, *La cámara lúcida. Nota sobre fotografía*, Paidós, Barcelona, 1989, pp. 22-23.

posa sentada sobre una especie de almohada en el regazo de su padre. No se aprecian los pies de ninguno de los personajes. Se desconoce la profesión u oficio del señor Manuel, lo mismo que el nombre del fotógrafo.

La fotografía es de tamaño tarjeta postal en color sepia y fue tomada en la ciudad de Juchitán, Oaxaca, al interior de la casa, como lo indica la silla de madera, finamente labrada, que es del tipo de mecedoras que son usadas para descanso privado. Sobre la pared se aprecia una cruz de madera y junto a ésta una *mesa del santo*,<sup>3</sup> con poca definición; a lo lejos se distingue un marco del cual no se sabe si contiene alguna fotografía o imagen de algún santo o virgen que deje evidencias de su religión católica, presente no sólo en los momentos tristes sino cada día de sus vidas.

Detrás de la fotografía aparece la siguiente inscripción: “a mi hermana Amable como un recuerdo de mi adorable hijita Manuelita López Yu, que en la gloria esté. Ruega por su alma. Manuel López Yu”.

Manuelita está con los ojos entrecerrados, las piernas firmemente sostenidas por su padre; el brazo izquierdo se aleja suavemente del resto del cuerpo y el otro brazo descansa en la muñeca del padre. Viste un vestido corto y está peinada con el pelo recogido hacia atrás.

La madre le sostiene la cabeza mientras recarga los codos en el respaldo de la mecedora. Viste con huipil y enagua de uso cotidiano en la zona, los

cuales en la fotografía lucen arrugados y desgastados. En su cabeza las trenzas apenas sostienen su cabello despeinado. Mira fijamente a la cámara, con la mirada firme enfrenta lo que sucedió y lo que está por venir.

El padre, entre ellas dos, coloca ambas manos en los muslos de Manuelita. Viste una camisa remangada y seguramente trae pantalones. Su cabeza con pelo casi cano y bigote, al lado del de su hija, hace una ligera inclinación en sentido contrario a ella, para permitir que la mano de su esposa sostenga la cabeza de la niña.

#### Funeraria infantil

A partir del siglo XVIII era práctica común de las clases más favorecidas el mandar a realizar retratos en pintura de los hijos muertos. A mediados del siglo XIX, las clases desprotegidas, gracias al advenimiento de la fotografía, pudieron recurrir a esta práctica.<sup>4</sup>

Es recurrente escuchar que los mexicanos nos reímos de la muerte. Situación muy dudosa si se toma en cuenta que existen muchos ritos que hacen que el paso del difunto al mundo de los muertos esté, para los que nos quedamos en este mundo, lleno de dolor y soledad. Tales ritos tienen de base mitos heredados de la cosmovisión indígena y aquellos impuestos por la religión católica: la velación de los muertos, el hacerlos acompañar con flores, veladoras y cantos de despedida, y el rea-

<sup>3</sup> Así son llamadas las mesas que generalmente se colocan en la sala o recibidor de las casas de las familias juchitecas. En estas mesas suelen colocarse fotografías de familiares fallecidos y lo mismo sirven para albergar objetos de la religión católica, como imágenes o esculturas en madera o yeso de santos y vírgenes, que cruces, flores, veladoras e incienso.

<sup>4</sup> Ver, por ejemplo, la obra del fotógrafo Juan de Dios Machain, realizada en Ameca, Jalisco, a finales del siglo XIX y principios del XX.



lizar misas y plegarias para su *viaje*. Como deseo de apropiación y en contra del olvido, están los retratos de los difuntos —en este caso de los pequeños—, testimonios de la llegada de un “angelito”.<sup>5</sup> Como práctica cultural adoptada por la sociedad de esa época, “esta imagen posee un interés especial para los deudos, pues se convierte en una prenda tangible que reemplaza al hijo y lo fija en la memoria hasta el momento del reencuentro final; su muerte es sólo una ausencia provisoria, el paso hacia una nueva existencia que tarde o temprano será compartida por todos”.<sup>6</sup>

La fotografía de Manuelita López Yu, lejos en el tiempo de los retratos decimonónicos y en distancia de las fotografías de Machain, conserva todas las características místicas e ideológicas que acompañan a éstas. El retrato de una “angelita” en brazos de sus dolidos padres que emprenderá el *viaje*. Y como muestra del amor incondicional de éstos hacia su hijita ahora muerta, envían la fotografía a la hermana de Manuel López Yu para hacerla partícipe de la pena.

### **Muerte de Manuelita**

Los juchitecos se jactan de ser espléndidos a la hora de comer. Sus casas pueden contar con sólo dos cuartos, uno para preparar alimentos y comer y otro para dormir, aunque muchos por el calor, a

veces sofocante, duermen en hamacas en el patio a la sombra de los árboles. Es una cultura que se formó de la mezcla de indígenas zapotecas, españoles, franceses y árabes. En la región se siembra, se crían animales, se pesca, se caza y se venden, compran o intercambian productos de otras regiones, pues la población está localizada en una zona que ha sido siempre lugar de paso al resto del continente americano.

A principios del siglo XX, la única manera de llegar a la capital del estado o la República era en tren, por caminos largos y tortuosos. Sin embargo, eso no fue obstáculo para que los juchitecos salieran de su pueblo a las capitales más importantes, ya fuera a comprar productos, emprender negocios, visitar a familiares o realizar estudios profesionales, pues en esa época no existía ninguna institución que los ofreciera.<sup>7</sup>

Y este último motivo parece haber sido el caso del señor Manuel. Toda su fisonomía nos habla de un hombre fuerte y trabajador. Sus manos son grandes y toscas, pero no son las de un campesino, aunque es posible que su origen sí lo sea; lleva las uñas cortas y limpias, manos que saben ser gráciles para sostener a su hija, que posiblemente han desempeñado diversos oficios, con los dedos cortos y robustos de un hombre maduro y experimentado. Manos que escribieron detrás de la fotografía, con

---

<sup>5</sup> Dentro de la tradición cultural católica se llama “angelito” a quien murió después de bautizado y antes de tener “uso de razón”. Así, el uso de esta expresión pone de manifiesto, por un lado, la pureza extrema de este pequeño ser, libre ya del pecado original por el bautismo recibido; convicción de que el niño, debido a su corta edad, entrará de manera inmediata al paraíso; cfr. Gutierre Aceves Piña, *Tránsito de angelitos. Iconografía funeraria infantil*, Museo de San Carlos, México DF, 1988, p. 20.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 31.

<sup>7</sup> El Instituto Tecnológico Regional del Istmo fue fundado en 1969.

perfecta destreza y ortografía, la información que complementa la triste imagen que él envía a su hermana, escrita con letra en manuscrito, con un lapicero de tinta china que el paso del tiempo tornó casi verde. La firma del propio Manuel López Yu, al final de la misiva, constata que él escribió sobre la fotografía, que no se hizo asistir por alguien más, en suma, que sabía leer y escribir.

Manuel posiblemente fue uno de los aventurados jóvenes que se fueron a estudiar a la capital, que volvió a Juchitán para desempeñar su profesión y casarse con una joven del pueblo. Como nuevo profesionista letrado que regresa, con educación, mayores expectativas y mejores recursos económicos, se casa con una mujer más joven que él. Manuel canoso ya, vivido e instruido, busca una mujer de su raza, que hable zapoteco, que sepa hacer tortillas, que use huipil y enagua.

La fotografía no ofrece información del nombre de la joven y tampoco será, con seguridad, la que mejor hable de su belleza, de sus atributos de jovencita que Manuel debió conocer muchos años atrás. Nos habla más bien de su papel como madre y esposa. Sus cabellos están a punto de caer de la trenza que debió aguantar toda la noche o todo el día, pues nada importa en este momento el arreglo personal. El huipil es el que usa para el quehacer diario, no ha tenido tiempo ni de una ducha o de ponerse ropa limpia. Ella estuvo en vela, vivió todo el final del proceso.

Con la mirada fija en la cámara, sus ojos denotan más cansancio que tristeza. Ya tuvo tiempo de llorar, de aferrarse al cuerpo inerte de su hija, de vestirla y peinarla para tenerla presentable para su despedida, para su viaje y para que el padre hiciera

lo propio a su manera. Su mirada es ya de resignación; su cabeza piensa ya en todos los preparativos funerarios que habrán de sobrevenir. Ahora tiene otra responsabilidad: avisar a familiares y amigos, mandar traer a la rezadora que habrá de encargarse de los rezos para la niña, preparar la comida que ofrecerá a los que la acompañen.

En cambio, Manuel todavía no asimila el proceso. Porque la muerte también es un proceso largo y doloroso y no todos lo viven igual. Manuel es quien sostiene a la familia, debe velar por las necesidades de todos. Él, angustiado, fue a trabajar en la mañana y volvió en la tarde para ver cómo seguía su hija.

También sus ojos nos hablan elocuentemente, pero cuentan otro momento del duelo: la parte más dura, la de constatar que su hija ya no está. Sus ojos se tornan pequeños para dar cabida a las lágrimas. Aun durante la toma de la fotografía él llora, no encuentra consuelo y no contiene las lágrimas.

Posiblemente él mismo organizó la toma de esta fotografía, pensando que quizá sería la última imagen que atesorará de la niña. Conoce ya de los ritos modernos que existen en el país con la llegada de la fotografía. Quiere conservar la figura exacta, perfecta y fiel de cómo era Manuelita cuando se fue. Será la última fotografía que haga de ella.

Él no quiere separarse de la niña. Estuvo un momento a solas con ella antes de cumplir con las formas funerarias que le empezarán a caer de repente. Ya no organizará un cumpleaños más, una fiesta para el día en que ella nació. Ahora es el rito en que la pone en manos de la implacable muerte y ése es su pesar. Se acercó a la ventana y le contó lo que será la vida ahora que ella se ha marchado.



Permanecieron un buen rato sentados en la mecedora como solían hacerlo, mirando desde adentro hacia la calle.

Las casas en Juchitán tienen amplias ventanas que dan hacia la calle. A los pobladores no les molesta ser mirados; no tienen nada que ocultar a los demás. Las ventanas son grandes para refrescar la casa a cualquier hora del día, para que los que están adentro puedan ver lo que sucede afuera y viceversa. Sobre todo al atardecer, para descansar después de las faenas diarias, sacan sillas a las banquetas de las casas para recibir mejor el aire fresco, charlar a gusto con los vecinos, ver quién pasa y saludar a los amigos y familiares.

Pero Manuel observa la calle desde adentro de la casa, sentado en su cómoda y elegante mecedora mientras lee algún libro o periódico o entretiene a Manuelita. Así que en este día vuelve a hacer el ritual: se sienta con ella en la mecedora mientras que el resplandor del sol del atardecer cae sobre sus cuerpos. El sol está justo frente a ellos; es tal su esplendor que torna asombrosamente brillante la tela del vestido de Manuelita hasta fundirse con la camisa de su padre. Manuelita brilla, resplandece tanto que la pared de la casa se vuelve oscura y difusa.

El cuerpo de Manuelita ya se ha entregado a la muerte. Contra todas las esperanzas, ella se dejó llevar por la muerte. No, Manuelita no parece dormir. Su rostro demuestra este hecho fehaciente: tiene los ojos entrecerrados, como saben mirar los muertos antes que alguien más les cierre los párpados; los labios también los tiene ligeramente separados, todo el cuerpo está relajado, no hay fuerza que mantenga los músculos tensos y firmes.

Su cabeza misma ya no tiene la firmeza del cuello, como si fuera una muñeca de trapo: su cuello tambaleándose y cayendo bruscamente sobre su pecho y hombro. Entonces su mamá le encaja los dedos en la nuca, tensa pero delicadamente para no despeinarla; sostiene su cabeza sólo con los dedos índice y pulgar de ambas manos, tratando de que se vea lo más natural y viva posible.

Pero otra vez Manuelita cede y su brazo izquierdo delata su condición. El otro brazo fue típidamente colocado sobre el de su padre, pero el izquierdo se apoya sobre el descanso de la silla. Expresivos y tensos, sus dedos se contraen.

### Interpretación

Manuelita era la primogénita de sus padres. Lleva el nombre de su padre, quien orgulloso la llama en diminutivo. No importaba si venían otros hijos varones; ella había sido la primera y, como en muchas familias, es tradición llamar a los primogénitos como al padre. Quién sabe si contaba con otros hermanitos. Manuelita era una niña muy amada por sus padres y, al parecer, especialmente por Manuel.

Generalmente es la madre quien más resiente estos golpes, por lo que es ella la que aparece en las fotografías de este tipo encabezando el duelo, postrada, triste, inconsolable y mirando típidamente a su vástago en un escenario mortuorio, ya sea en casa propia o en el estudio del fotógrafo.

Esta fotografía es diferente, pues es el padre quien expresa mayor dolor; él es el protagonista. No es la niña muerta, no es el dolor de la madre; es el amor y la tristeza infinita que experimenta Manuel y que con sus ojos llorosos, perdidos y entrecerrados, transmite más de cincuenta años

después. Se le llamó al fotógrafo, o si la cámara era propia, se necesitó tiempo para que todo fuese preparado y hacer la toma. Sin embargo, Manuel no tiene sosiego: continúa llorando. No importa cómo salga retratado; no hay ganas para las formas, para preparar el escenario, para acomodar a los involucrados. Ahora la única verdaderamente importante es su hijita.

Manuelita está vestida ya para ser depositada en su ataúd. Es posible que sea enterrada con ese vestidito. No viste de huipil o enagua como su madre u otras niñas de su edad en esa época. Sus recursos económicos no son malos. Su vestido seguramente fue comprado en la capital, no fue barato y sí muy bonito, de holanes y encaje, así que será el que se lleve puesto a su otra vida.

Quizá falleció a causa de alguna enfermedad. En esa época la tasa de mortalidad infantil era más elevada y se moría por enfermedades que hoy son curables. Era común asistir con frecuencia a velorios de infantes y casi todas las familias contaban con un hermanito o hijo muerto. Entonces, es probable que Manuelita haya caído enferma antes del trágico desenlace. Además, no existen en su cuerpo marcas que indiquen que la causa de su muerte haya sido un accidente, aunque en esa época ya había vehículos de motor circulando frecuentemente por las calles. Tampoco parece que haya sido lastimada por algún animal del campo, como un caballo o un buey. A no ser por la marca que ya le dejó la misma muerte, su cuerpo está intacto.

Por las condiciones de pobreza y la lejanía de los centros de asistencia médica, era común que los niños murieran a corta edad. Eran frecuentes los casos de gastroenteritis o infecciones pulmona-

res. Quizá Manuelita haya muerto a causa de alguna de éstas dos. El mal se desenvuelve dentro del organismo, y si la muerte acontece, nada más que un halo mortuorio envuelve al cuerpo.

La muerte ya está muy dentro del cuerpo de Manuelita y tal vez el ataúd espere por ella. Acaso a eso debemos la vela que ya está encendida y que se puede observar justo entre la cabeza de Manuel y el brazo de su esposa. La llama es grande y segura; se trata de una veladora como las que la gente de la región acostumbra poner en sus *mesas del santo* para acompañar los retratos de los difuntos o para mantener presente la promesa que se le hizo al santo de su devoción, cambiándola cuando ya se ha agotado la anterior. Es ésta la llama de una veladora nueva y recién encendida, fuerte y nítida, que no se aprecia difusa por la mediación del vaso de cristal. Fue encendida como parte del ritual, bajo los lineamientos de la religión católica, quizá para encomendarla con los otros muertos y rogar por su alma. Los funerales ya han comenzado; la familia López Yu está a dos pasos del altar, de la *mesa del santo*, de la cruz y de los retratos e imágenes religiosas.

La cruz católica no tiene un Cristo sino flores ya secas. Han pasado varios días desde la última vez que se arregló el altar. Nunca se está preparado para asumir una muerte. Manuelita lleva días o semanas enferma; por eso nadie ha reparado en los detalles. Es éste el momento último entre el duro adiós del mundo de los vivos y la inesperada bienvenida al mundo de los muertos. En esta imagen queda asentado todo lo que sucedió antes de la muerte de Manuelita y todo lo que habrá de venir de ahí en adelante.





### Manuelita después de la muerte

La fotografía de Manuelita el día de su muerte y antes del entierro permaneció resguardada entre las pertenencias de su tía Amable, a quien su hermano Manuel se la obsequió. No se sabe si la envió vía correo postal o se la entregó él mismo. Ahí quedó la fotografía, la cual el día de hoy se conserva en perfecto estado, con roturas que escapan al ojo humano y sin manchas.

Nunca estuvo colgada en un marco ni fue colocada en un álbum, pues no contiene marcas indelebles como las del pegamento que uno le tiene que poner para que se sostenga. La fotografía tampoco permaneció guardada en un cajón entre otras pertenencias, porque cuando esto sucede el papel fotográfico suele mancharse, arrugarse y maltratarse por el roce cotidiano de los demás objetos, por ejemplo, la tinta de un lapicero, el líquido de algún ungüento o el polvo de todos los días.

Quizá haya estado entre las hojas de un libro grueso, el medio perfecto para conservarla lejos de la luz del sol que las opaca y deteriora, del polvo que las mancha, del viento que pudo arrastrarla y perderla o del fuego que muchas veces por descuido consume fotografías que se prenden entre hojas y papeles menos importantes. También le procura un lugar seguro lejos de las miradas ajenas y las manos ansiosas que en algún momento la hurtan al propietario con fines y sentimientos diferentes a

los de la persona a quien le fue dirigida y quien espera conservarla hasta los últimos días de su vida.

La fotografía original permanece el día de hoy en la colección particular que heredó el señor Gonzalo Jiménez, originario y vecino de Juchitán. Ha sido publicada en un libro que él mismo escribió sobre el pasado de su ciudad natal. De tal forma que esta es la segunda vez que la fotografía de Manuelita muerta ve al público, o mejor, que el público ve esta escena.

### Última imagen

Estamos entonces ante la historia del amor de un padre hacia su hija, y la representación de ese amor ha sobrevivido más de medio siglo.

Manuel y la fotografía de su hija se fueron haciendo viejos juntos. Ya no tuvo que buscar más que en sus cajones, entre las hojas de un libro o en la *mesa del santo*, en donde con seguridad una fotografía de Manuelita —pero no ésta— debió estar conviviendo con los otros muertos de la casa; ahí estuvo y nunca se fue. Manuel no sabía que para no olvidar no hace falta una fotografía cuando en verdad se ama. Lo supo después, cuando ya no hizo falta mirarla para ver a su hija.

La fotografía fue hecha y resguardada con la intención de sobrevivir a Manuelita; sin intuirlo ni desearlo, a Manuel, y después, sin que lo queramos o imaginemos, para sobrevivirnos incluso a nosotros.